

JULIAN BAGGINI

LA QUEJA

De los pequeños lamentos a las protestas reivindicativas



Índice

Portada

Agradecimientos

Cita

Introducción

1. La noble historia de la queja

2. Queja imposible

3. Queja errónea

4. Queja cotidiana

5. Queja y reivindicación

Conclusión

Apéndice

Otras lecturas

Notas

Créditos

Agradecimientos

Gracias a: los directores de la colección, Lisa Appignanesi, Daniel Crewe y Andrew Franklin, de Profile, por ayudarme a desarrollar la idea para el libro, encargarse de él y aportar muchas y excelentes sugerencias; a Lizzy Kremer, por su continuo aliento y consejo; a Robin M. Kowalski y Charles F. Hanna, por compartir sus conocimientos de los trabajos sobre la queja en los ámbitos de la psicología y la sociología respectivamente; a Gavin McLaughlin de Netspace y Mike Baker de Aileach Design, por la página web del libro y la encuesta; a todos los que han participado en la misma; a Dorset Humanists y la Burnham Philosophical Society, por sus comentarios mientras escribía el libro; a David Walter Hall, por la información sobre Jean Meslier; a Matt Seaton de *Comment is Free*; a Maureen Rice de *Psychologies*; y, sobre todo, a Antonia Macaro, por leer y comentar el borrador, y por no quejarse por el tiempo que he pasado trabajando en él.

Así pues, no le he dicho a mi gente: «Liberaos de vuestro descontento». En lugar de ello, he intentado decirles que este normal y saludable descontento puede canalizarse en la salida creativa de la acción directa y no violenta.

MARTIN LUTHER KING, carta desde
la prisión de Birmingham
16 de abril de 1963

Introducción

Piense en la palabra «queja», y es probable que le vengan a la mente imágenes de lamentos y diatribas gemebundas relativas a asuntos en su mayor parte triviales: los trenes no salen puntuales, hoy en día la gente es muy grosera, no hay dónde aparcar, no dan nada en la televisión. Quejarse se ha convertido en el pasatiempo de los resignados y los nostálgicos. Incluso ha llegado a transformarse en una suerte de actividad de ocio. En el Reino Unido, el libro más vendido en unas recientes Navidades fue el elocuente *Is It Just Me or Is Everything Shit?* [¿Soy yo o todo es una mierda?], mientras que el año anterior el éxito abrumador lo obtuvo *Eats, Shoots & Leaves*,^{*} una dilatada denuncia de la decadencia de la gramática correcta. La serie de televisión «Grumpy Old Men» [Viejos gruñones], protagonizada por personajes que se quejan directamente a la cámara, fue un éxito tal que engendró las secuelas «Grumpy Old Women» [Viejas gruñonas] y «Grumpy Old Holidays» [Vacaciones gruñonas], así como libros e incluso un espectáculo itinerante. Hasta los grupos de rock *indie* han descubierto que mostrarse hastiados del mundo es más sofisticado que enfadarse: Blur publica un disco titulado «Modern Life Is Rubbish» [La vida moderna es una basura], y los Kaiser Chiefs consiguen un éxito con su canción *Everything Is Average Nowadays* [Hoy día todo es mediocre]. Quejarse se ha convertido en sinónimo de «lamentarse».

No tendría por qué ser así. En el origen de toda queja yace la sensación de que las cosas no deberían ser de esta manera. Quejarse es denunciarlo, y podemos hacerlo con irritación, agresivamente, con calma, sin motivo o de forma

constructiva. Ni siquiera importa si estamos realmente molestos por aquello que percibimos como erróneo. Mucha gente nunca es tan feliz como cuando tiene la oportunidad de quejarse, mientras que otros se muestran profundamente infelices con el estado de las cosas, pero lo aceptan. La queja tiene lugar cuando nos negamos a aceptar que las cosas sigan mal e intentamos hacer algo al respecto, aun cuando ese algo no sea más que verbalizar el fallo.

Aunque la condición previa para una queja es la creencia de que las cosas no son como deberían ser, el mero reconocimiento y la expresión de este hecho no bastan para que nazca una queja completamente formada. Por ejemplo, un estoico puede creer que es importante aceptar la imperfección del mundo y, asimismo, reconocer que nada es como debería ser; esto no sería quejarse sino describir. Igualmente, a un férreo pesimista tal vez le guste comentar el aspecto negativo de las cosas; pero, una vez más, no se trata de una verdadera queja porque falta la *no aceptación* de lo que está mal.

Hay un último componente adicional de la queja que es difícil de concretar. La queja es doblemente transitiva: uno no solo se queja *de* algo, se queja *a* alguien o algo. Sin embargo, esto no es fácil de aplicar como criterio para identificar las quejas genuinas, porque a menudo la entidad a la cual las dirigimos es por completo abstracta: Dios, los hados, la suerte o, sencillamente, el universo. Esa apelación generalizada puede ser difícil de identificar, pero creo que al menos cuando somos nosotros quienes lo hacemos, podemos distinguir entre el mero pensamiento de que algo está mal y el hecho de arrojar nuestra rabia a las alturas, como si alguien escuchara y tomara nota.

Por lo tanto, la queja puede definirse como una *expresión dirigida de la negación o incapacidad para aceptar que las cosas no son como deberían ser*. La definición es un poco débil y casi con toda seguridad admite excepciones, pero, a diferencia de muchos filósofos, a mí me satisface. El

lenguaje es más flexible que la lógica, y si uno quiere describir el mundo como es, en lugar de rehacerlo en una forma adecuada para los lógicos, hay que estar preparado para vivir con cierto grado de ambigüedad. Asimismo, tengo la impresión de que la queja es un concepto especialmente indeterminado. Imaginemos, por ejemplo, la conocida escena en la que alguien parece lamentarse, y le piden que deje de quejarse. «No me quejo —llega la respuesta—. Tan solo estoy *hablando*.» A menudo la persona se está quejando de verdad y no quiere admitirlo, pero el mero concepto de queja despliega un amplio margen para la negación plausible. Creo que esto se debe a que los elementos de apelación y no aceptación, fundamentales en una queja, admiten muchos grados. Por lo tanto, a veces es difícil saber hasta qué punto nuestra expresión de que las cosas no son correctas contiene uno de estos elementos o los dos.

Aun cuando prefiramos una definición ligeramente distinta, debería ser evidente que el motivo que suscita la queja puede ser trivial o, por otro lado, profundamente importante. Todos los grandes avances sociales han empezado con una queja. Emmeline Pankhurst y las sufragistas, Martin Luther King y la campaña por los derechos civiles, Nelson Mandela y el movimiento antiapartheid: los cambios que propiciaron empezaron con la queja de que el status quo estaba equivocado y tenía que cambiar.

Por lo tanto, el acto de quejarse no es lo fundamental en la queja: es un síntoma, no la enfermedad en sí misma. Así como la severidad de una dolencia médica debería medirse no por el grado en que llama la atención sino por el alcance del daño sufrido por el organismo, no deberíamos confundir el estrépito de una queja con su gravedad.

La queja tiene una noble historia. Ha hecho avanzar a la sociedad y ha procurado la abolición de la injusticia sistemática. Que hoy en día se la asocie fundamentalmente con lamentos sin trascendencia y pleitos frívolos comporta una parodia. Esa es la principal queja de este libro. Por ejem-

plo, la cultura de la reivindicación que infecta Estados Unidos y el Reino Unido es el último y el más sorprendente ejemplo de cómo la queja puede entenderse y aplicarse mal, cosa que examinaré con cierto detalle en el último capítulo.

Quiero recuperar la queja para las fuerzas del progreso y arrancarla de las manos de los abogados que la consideran una mera herramienta de provecho personal, y de las de los escépticos y agoreros que creen que lo único que podemos hacer es lamentarnos. Para ello debo detenerme en aquello que inspira nuestras quejas, por qué nos quejamos, lo que nuestras quejas dicen de nosotros y si tenemos que quejarnos más, menos o de otra forma.

Aunque mi reivindicación implica que la queja se sitúa en el centro de muchas cosas realmente importantes, no me gustaría descuidar los lamentos más prosaicos de la vida cotidiana. Es una antigua creencia mía que lo profundo y lo trivial conviven uno junto a lo otro, que los seres humanos no somos entidades escindidas en una mitad más noble y otra más elemental sino que constituimos una minuciosa hibridación de ambas. En los detalles de la vida cotidiana a menudo observamos los patrones fractales que reflejan los contornos más amplios y decisivos de nuestra naturaleza. Así pues, en la parte final del libro haré algunas observaciones acerca de las quejas cotidianas, con la ayuda de una encuesta especialmente concebida para ello y cuyos resultados propician algunas fascinantes sugerencias sobre el modo en que las quejas reflejan quiénes somos. No iré tan lejos como para afirmar que la queja proporciona la clave para desentrañar los secretos ocultos de la existencia humana, pero sin duda alguna es una lente a través de la cual merece la pena mirar, una lente que sitúa en un foco definido aspectos de la vida que solemos concebir como difusos.

No me detendré a analizar la queja poco sincera. Los sociólogos y psicólogos investigadores normalmente han desatendido la queja, pero los pocos que la han examinado han identificado muchos tipos de comportamiento reivindicativo que no guardan relación con que las cosas vayan mal. Por ejemplo, podemos quejarnos de los precios de las entradas de la ópera para señalar que somos ricos y cultivados, o unirnos a una queja colectiva para identificarnos con un grupo.¹

Un ejemplo especialmente vívido de queja poco sincera fue el de la columnista de un periódico que se quejaba de que el sexo matinal con su nuevo y fogoso novio influía negativamente en su manera de conducir. Pobre mujer. Ningún estudio exhaustivo podría ignorar semejante uso instrumental de la queja, pero para mis propósitos prefiero centrarme en los casos en que la sensación de que las cosas andan mal y nuestra expresión de insatisfacción son esencialmente sinceras.

Lo que ofrezco es una especie de metaqueja: que la gente tiende a quejarse de cosas equivocadas por razones equivocadas, y que, como resultado de ello, la queja se ha degradado. Sin embargo, al actuar así espero demostrar que la queja puede ser constructiva. De hecho, nuestra capacidad para quejarnos forma parte de lo que nos hace humanos.

1

La noble historia de la queja

QUEJA DIVINA

¿Cuál fue la primera queja de la historia? Para quienes creen que el Génesis es un documento histórico, existe una respuesta objetiva a esta pregunta. Para quienes creen que se trata de un simple mito, la respuesta sigue teniendo interés porque resulta reveladora del modo en que hemos comprendido la queja en la evolución de la humanidad.

Cuando Dios creó el mundo, vio que era bueno. Todo era como debía ser, y por lo tanto no había nada de lo que quejarse. En su estado original, Adán y Eva eran incapaces de quejarse porque ignoraban la diferencia entre el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto; y sin estas nociones, ¿cómo podría alguien tan siquiera concebir la idea de que las cosas no son como deberían ser? En el estado prelapsario no hay conciencia del «debería», solo del «es».

La serpiente fue el primer personaje de la historia en sugerir que no todo andaba bien en el Edén, pero ni siquiera ella se quejó. Se limitó a brindar a Eva una historia alternativa a la ofrecida por Dios. «No, no moriréis; sabe Dios que el día que de Él comáis se os abrirán los ojos y seréis como Dios, concedores del bien y del mal.»

¿Qué debía hacer Eva? No conocía la diferencia entre el bien y el mal, por lo que por definición no podía saber que no debía seguir las sugerencias de la serpiente. Para saber que comer del fruto era algo malo tendría que haber sabido lo que solo podía saber después de comerlo. Por lo

tanto, ingenua e inocente, se ayudó, naturalmente, a sí misma, como sugería la serpiente, y luego ofreció un bocado a Adán.

De inmediato surgió la posibilidad de la queja, ya que por primera vez la pareja pudo apreciar que las cosas no eran como debían ser: estaban desnudos. Sin embargo, no se quejaron, «cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos ceñidores». Con bastante prudencia, entendieron que quejarse no tenía sentido si una sencilla acción podía solucionar el problema.

La primera queja no provino de Adán, de Eva o del demonio, sino del propio Dios. «¿Quién os ha dicho que ibais desnudos? ¿Habéis comido del fruto del árbol del que os ordené no comer?» Dios se puso furioso y luego actuó por venganza. Procuró a la mujer dolor al traer hijos al mundo y el deber de obediencia al marido, y expulsó a ambos del Paraíso, a una vida de esfuerzos. ¿Por qué? «Porque el hombre se ha convertido en uno de nosotros al conocer el bien y el mal.» El crimen de la humanidad consistió en asemejarse demasiado a Dios. Ya era bastante malo que conociéramos la diferencia entre el bien y el mal; Dios no podía arriesgarse a que también conquistáramos la inmortalidad. Así pues, «para que no extienda su mano, y tome el fruto del árbol de la vida, y coma y viva para siempre», Dios desterró al hombre.

Lejos de mi intención está discutir con el Divino Creador, pero parece que hay temas de peso que cuestionan la justicia de todo este asunto. Al margen de esto, el mito describe algo muy importante sobre el papel de la queja en la vida humana. Quejarse es a un tiempo sumamente divino y humano. Dios se queja primero; sin embargo, solo cuando nos convertimos en seres caídos, y por lo tanto en seres humanos en el sentido más extenso de la palabra, somos capaces de hacer lo mismo.

Es la paradoja de la caída. A menudo se presenta como el relato del paraíso perdido, como si hubiéramos estado mejor de no haber sucedido. Sin embargo, es obvio que antes de la caída Adán y Eva eran más parecidos a niños grandes que a verdaderos adultos racionales. Decimos que la ignorancia es una bendición, pero sin la capacidad de comprender el bien y el mal no seríamos plenamente humanos. La caída no supuso nuestra perdición; nos hizo ser lo que somos.

A Dios no le gustó que comiéramos del árbol del Edén porque nos hizo mejores, semejantes a él, por lo que tuvo que recurrir al ejercicio de su poder superior para mantenernos en nuestro lugar. Saber la diferencia entre el bien y el mal nos permite quejarnos cuando las cosas van mal. La Biblia está sembrada de historias que sugieren que a Dios nunca le ha hecho demasiada gracia que el hombre utilice esa habilidad. Desde un punto de vista teológico, quejarse es malo para nosotros.

Por ejemplo, a pesar de ser el hombre más recto, a Job le afligían desgracias sin fin, con el consentimiento de Dios, que quería ganar una apuesta con el demonio. «Mi alma está cansada de mi vida —dice Job—, pero ceñiré la queja a mí mismo; hablaré en la amargura de mi alma.» La lección de la historia de Job es evidente: no importa cuán miserable sea nuestro destino, nunca debemos quejarnos a nuestro creador. «¿Quieres realmente anular mi sentencia y condenarme a mí, para justificarte? ¿Tienes acaso un brazo como el de Dios y truena tu voz como la de Él?»

De manera similar, y aunque nos ordena ser caritativos, el Nuevo Testamento cristiano nos enseña a no intentar alterar las injusticias básicas de la vida. Hemos de dar al César lo que es del César y aceptar que la pobreza vivirá siempre con nosotros. Cristo no lideró una rebelión terrenal para derrocar a los romanos, razón por la que, según la leyenda, el pueblo se volvió contra él. «Mi reino no es de este mundo», declaró en su juicio. San Pablo llegó incluso a

alentar a los esclavos a ser conscientes de su posición y perseverar en ella: «Exhorta a los esclavos a que obedezcan a sus amos, que les sirvan bien y que no repliquen».

El gran éxito del cristianismo consistió en presentar la resignación como algo natural cuando, para un observador exterior, un mundo en el que millones de personas viven en la miseria debería alzarse en armas contra la deidad que los creó y aparentemente se despreocupó por su felicidad. Sin duda alguna, así es como lo vio el autor del primer documento occidental abiertamente ateo. Jean Meslier (1664-1729) fue un sacerdote rural francés que redactó un testamento secreto, publicado después de su muerte, en el que discutía las creencias de la Iglesia a la que supuestamente sirvió. No renunció a ella en parte por temor a ser quemado en la hoguera, pero también por una vocación de servicio a sus feligreses, cuyo bienestar intentó promover con encomiable abnegación.

En su obra sobre Meslier, *The Last Priest* [El último sacerdote], David Walter Hall refleja el momento en que Meslier cae en la cuenta de cómo la religión ha deformado el sentido de la justicia de sus feligreses:

No se quejan, o al menos no se quejan ante mí. Me pregunto qué rezarán, si se quejan en casa, como podrían hacer legítimamente, como haría yo. ¿Y por qué no llaman a mi puerta para que transmita un mensaje airado a su creador?²

Otro pensador ateo pionero, Friedrich Nietzsche, sostuvo que el cristianismo ensalzaba la resignación moral hasta tal punto que su ética merecía el nombre de «moral de esclavos». La religión se dirigió al pobre, al débil y al desposeído, y en lugar de alentarlos a superar esas limitaciones, les enseñó que ocupar la posición más miserable era una acción virtuosa. La gente no debía quejarse de la injusticia.

ticia social; debía animarles el hecho de que ellos heredarán la Tierra, y los orondos ricos tendrán problemas para cruzar las puertas del cielo.

Evidentemente, el mensaje de Cristo contenía un poderoso mensaje social, pero se basaba en la ayuda voluntaria, no en la resistencia al poder opresivo. Aquel que tenga dos abrigos debe entregar uno al que carece de vestido, pero sin duda no debemos incautar el exceso de ropa de las clases pudientes en nombre de la redistribución de la riqueza.

De hecho, la Iglesia católica, en concreto, tiene un pobre historial de resistencia a regímenes despreciables, siempre y cuando se permita continuar sirviendo a su autoridad más elevada. Apoyó el fascismo en Italia y España, y firmó un concordato con el gobierno nazi en la Alemania de 1933. En Ruanda, los católicos estuvieron implicados en asistir a los hutus en el genocidio de los tutsis, pero lejos de condenarlos, la única intervención directa del Papa fue para hacer un llamamiento con el objetivo de suspender la ejecución de los culpables que cometieron esos crímenes tan horribles.³ La facilidad con que la Iglesia se acomoda a los regímenes tiránicos resultaría desconcertante a la luz de su mensaje moral central, pero el misterio se desvanece una vez que comprendemos que no considera su deber desafiar a los gobernantes terrenales.

La prueba negativa de esta tesis, al menos en lo que respecta a la Iglesia católica, tuvo lugar con el surgimiento de la teología de la liberación en Sudamérica, que consideraba a Cristo no solo un redentor espiritual, sino también un libertador de los oprimidos. Por un momento, tras el Concilio Vaticano II de 1962-1965, el movimiento fue respaldado por la jerarquía católica. Pero fue un hecho pasajero, y Juan Pablo II, en particular, se volvió contra ellos, y Benedicto XVI sigue sus pasos. El mensaje está claro: considerar que la fe cristiana tiene más que ver con el cambio del mundo que con la transformación espiritual es una herejía.

Por suerte, la reverencia que los creyentes profesan a sus textos sagrados se honra más en el incumplimiento que en la observancia. Muchos devotos han trabajado de forma desinteresada por el cambio social. Los cristianos tal vez veneren la Biblia, pero aquellos que rigen sus vidas a partir de ella son atípicos y en cierto modo aterradores. No importa lo que los creyentes digan y hagan, hay un mensaje en los libros sagrados de la fe de Abraham que resulta muy explícito si nos paramos a observarlo: no hay que quejarse, sino aceptar la voluntad de Dios.

RELIGIÓN

La queja es un acto secular, humanista. Es resistencia contra la idea, promulgada por la religión, de que el sufrimiento es nuestro destino por orden divina y que tan solo podemos tolerarlo piadosamente. Es la insistencia de que la justicia no debe esperar a una próxima vida, sino que debe ser alcanzada en esta. Es el resultado no solo de aprehender el conocimiento entre el bien y el mal, sino de utilizar esa comprensión para desafiar lo que los gobernantes y las castas sacerdotales siempre nos han dicho que forma parte del orden natural. La religión lamenta el hecho de que hayamos comido la manzana de Adán y que, por lo tanto, nuestros ojos se hayan abierto al ámbito de la queja. El humanismo lo celebra.

Todas las enseñanzas tradicionales de las principales religiones se adecuan a este patrón, aunque en muchas ocasiones sus seguidores adoptaron una firme actitud contra la injusticia terrenal. El budismo es quizá la más obviamente antitética a la queja. Buda enseña que el Nirvana consiste en liberarnos de todo esfuerzo y del apego a las condiciones materiales. En concreto, el budismo predica que el sufrimiento es parte de la vida y que si nos proponemos evitarlo en este reino mortal, estamos condenados a